



En el vientre del dragón



Colección: Nowtilus Viajes
www.historiaincognita.com

Título: En el vientre del Dragón
Autor: © Vicenta Cobo Hernández

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027-Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas:
**Diseño de interiores, ilustraciones y
reseñas históricas:** Juan Ignacio Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13:
Fecha de edición: 2007

Printed in Spain
Imprime:
Depósito Legal:

Para las trillizas y, en especial, para Sofía.

Que tu luz nunca se apague.

*«Hacer algo por puro placer,
por la gracia de hacerlo»*

PAUL AUSTER

«El espíritu del valle nunca muere»

LAO TSE



INDICE

RUMBO A CHINA	15
DE BRUCES EN BEIJING	19
UN PASEO POR LAS NUBES	47
La niña del tren	56
UN RESPIRO OCCIDENTAL	63
EL EMBRUJO DE SHANGHAI	77
Y DE LA BELLEZA QUÉ	109
EL LAGO DEL OESTE	123
Hacia el sur, en la cola	131
ENTRE MONTAÑAS IMPOSIBLES	141
BYE-BYE CHINA	185
LEJOS DEL DRAGÓN	203
ÁLBUM DE UN VIAJE	206

RESEÑAS HISTÓRICAS

El nacimiento de China	40
Gengis Khan (1215)	58
La dinastía Ming (1368-1644)	71
El Imperio Qing (1644-1912)	92
Las guerras del opio	99
La república (1912)	116
La Larga Marcha (1934-35)	126
La invasión japonesa (1931)	132
La era Mao	135
El Gran Salto Adelante	146
Los sucesos de 1989 en Tiananmen	153
La Revolución Cultural	160
China después de Mao	189

Prólogo1

*«Las experiencias externas
sirven para sentir el mundo,
y las experiencias internas,
para comprenderlo.»*

LAO TSE, *Tao Te Ching*



RUMBO A CHINA





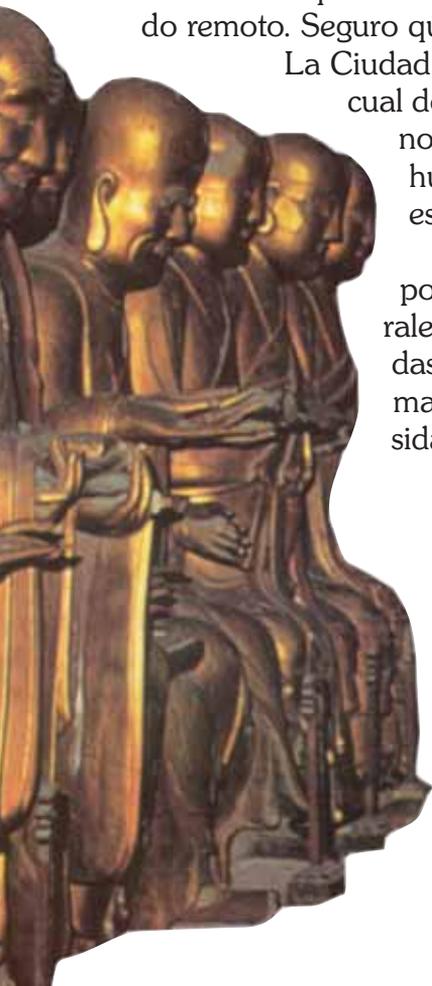
POR QUÉ CHINA. Ni yo misma lo sabía. El inconsciente del viajero va tejiendo sutiles hilos que trazan el destino de un nuevo viaje. El nómada lleva dentro un mapamundi que le gustaría recorrer. A veces poco importa el lugar, «el caso es moverse», como decía Stevenson, quien viajaba por el placer en sí.

El mundo es inmenso, el tiempo limitado, y aunque nos gustaría recorrer palmo a palmo el planeta Tierra, hay que elegir. De ello se encarga una brújula interior. En el 2006 señalaba hacia China.

Ese país llevaba esperando en mi corazón desde siempre. En no pocas ocasiones me habían preguntado si alguno de mis padres o abuelos era chino. Tantas veces había escuchado lo mismo, que empecé a pensar que quizá alguno de mis antepasados procediera de China y que por mis venas corriera sangre oriental. La idea me parecía estupenda, y en el fondo creía que el día que viajase al país reconocería el eco de un pasado remoto. Seguro que Jung me entendería.

La Ciudad Prohibida y la Gran Muralla se alzaban en mi alma cual dos titanes que debía conocer antes de morir. ¿Cómo no acudir a los lugares míticos de la historia de la humanidad, llenarse del espíritu que habita en estos espacios cumbres del pensamiento humano?

Nada hay comparable a la aventura de conocer y ponerse en contacto con las obras de arte que la naturaleza y el pensamiento humano han dejado diseminadas por el planeta que habitamos. La Tierra es un lugar maravilloso, un hogar acogedor en medio de la inmensidad del universo. Resulta penoso que algunos huma-



Los santos búdicos del Templo de las Nubes Azuladas, cerca de Beijing.

nos, cegados por mezquinos intereses, la estén destruyendo. Yo les diría que viajaran, que conocieran y amaran la belleza que aún queda en muchos rincones del mundo. Quizá entonces cambien su visión y dejen de pensar en términos de explotación y enriquecimiento.



Yo, cuando era aún muy joven, quería ser vagabunda. Con el tiempo he comprendido la razón. Solo que todavía no he descubierto la fórmula para serlo a tiempo completo. Lo hago perdiéndome por el mundo a ratos, saboreando el incomparable placer de sentirme libre, con las puertas del corazón y la mente de par en par, remando al viento.

En el verano del 2006 partí rumbo a China. En el equipaje llevaba un billete de avión a Beijing, un diccionario de mandarín-español y la guía santo y seña de los trotamundos, la *Lonely Planet*. ■







DE BRUCES EN BEIJING

*«Amor y respeto a la naturaleza
Amor y respeto a los padres
Respeto a los ancianos
Respeto al orden político
Respeto al orden social
Respeto al orden religioso»*

Las virtudes cívicas de CONFUCIO

D

DOCE HORAS DE VUELO desde Amsterdam hasta Beijing me arrojaron de bruces a una realidad muy diferente a la que dejaba atrás. El primer cambio lo noté en el horario. Había que adelantar el reloj seis horas respecto del horario europeo. Así que saludaba a Beijing un día después de partir de Madrid, a principios de agosto, un mes al que los chinos denominan «fantasma» y que, según ellos, no es apropiado para viajar.

Sin ser supersticiosa llegué a pensar que algo de razón llevaban. Los *noodles* —el equivalente chino de los espaguetis— que comí en el avión me habían sentado fatal, mi estómago no acababa de digerirlos.

Mi equipaje no había corrido mejor suerte. Lo recogí completamente mojado, pensé que era agua, pero en el hotel descubrí con estupor que era vino. En un viaje largo tu equipaje equivale a tu hogar, por lo que te sientes desolado cuando se estropea o te lo pierden.

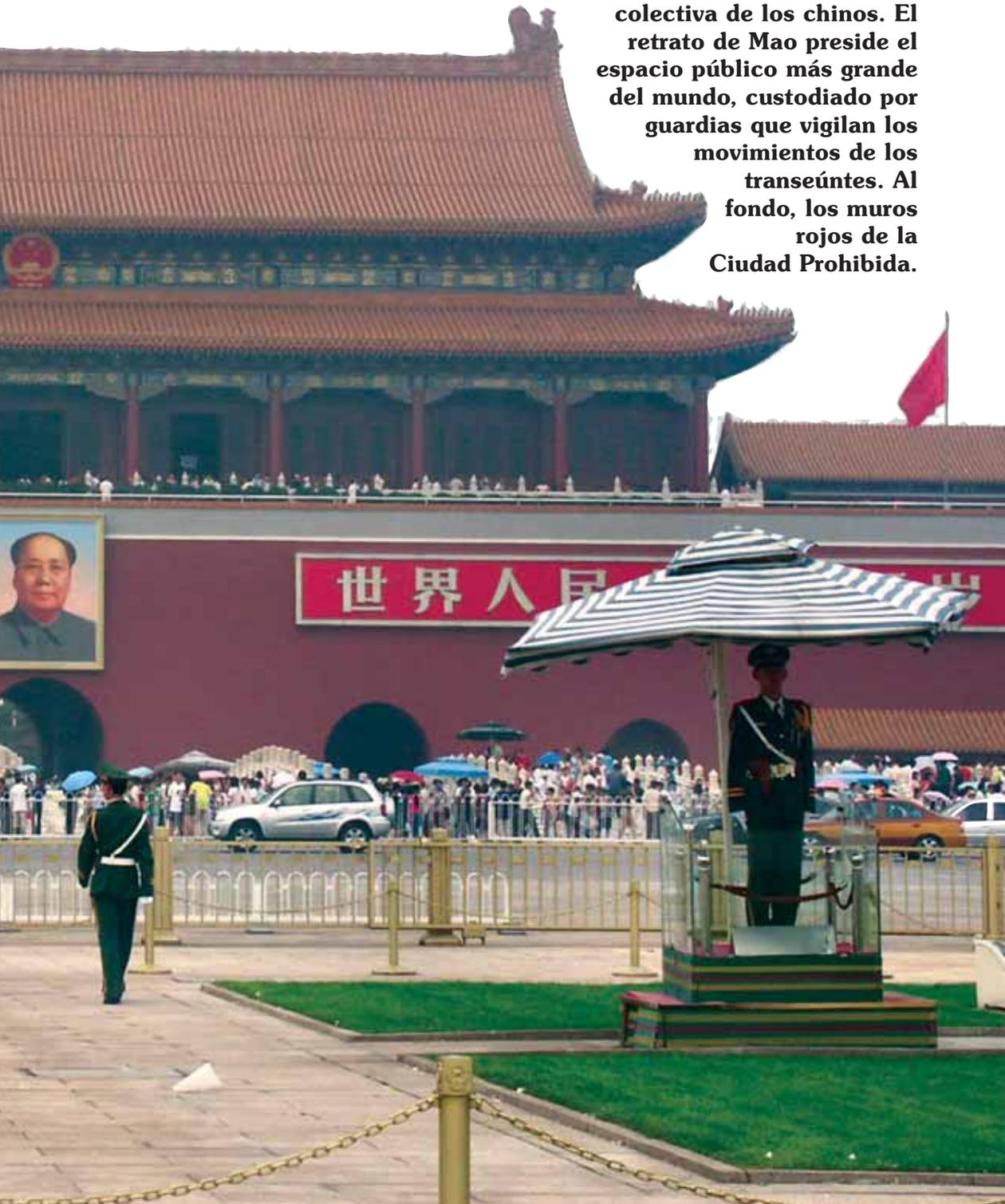
Ir sin reserva de hotel para los primeros días no es muy buena idea que digamos, pero al final siempre acabo haciendo lo mismo, puro afán de jugar con el azar y la suerte. Esta última, casquivana, unas veces te sonrío y otras te hace pagar un alto peaje.

Fui a parar al hotel de una calle estridente, saturada de comercios, chinos y ruidos. La bienvenida a China me horrorizó. Ante mis ojos, una marabunta de chinos enloquecida, comprando y consumiendo. La primera impresión de Beijing fue la de un «todo a cien» a tamaño gigante. Y para rematar la situación, bajo mi hotel, de estética un tanto hortera, abigarrada y asfixiante, karaokes y terrazas al aire libre. Todo muy adecuado para un sueño plácido y reparador. Entre el *jet lag* y el ruido no podía pegar ojo. Pasé dos días medio sonámbula, dando cabezadas por doquier.

El dragón me había engullido en su vientre sin contemplaciones. Yo sabía que, lejos de un viaje placentero, el reto era salir adelante. Viajar a China por libre no es un paseo de lujo, sino un esfuerzo tanto físico como psicológico. Hay que afrontar muchas dificultades, pero son precisamente estas las que hacen sentir que el viaje ha sido interesante y aprovechado. Si te lo dan todo organizado, pierdes interés. Los viajes organizados están en las antípodas de quien descubre un país por sí mismo.

Y la primera dificultad es el idioma, hasta que no te encuentras en el país no eres consciente de la barrera que este supone. Muy pocos chi-

La plaza de Tiananmen es el corazón de Beijing y un referente en la memoria colectiva de los chinos. El retrato de Mao preside el espacio público más grande del mundo, custodiado por guardias que vigilan los movimientos de los transeúntes. Al fondo, los muros rojos de la Ciudad Prohibida.



nos hablan inglés, y hacerte entender supone todo un ejercicio de habilidad.

Los taxis son increíblemente económicos, pero no encontré ni un solo taxista que supiese decir una palabra en inglés, así que siempre tienes que llevar anotada en un papelito la dirección. Y qué decir de los hoteles y las estaciones de tren. El diccionario es un buen aliado, siempre y cuando contemple la grafía china, pues si intentas pronunciar el mandarín, dado que la entonación es muy importante, nadie te entiende. De modo que tienes que hacerte el mudo y señalar con el dedo lo que quieres. Si no lo haces así, te van a dar lo que crean, desde un asiento duro en un tren lento donde te ves obligado a pasar toda la noche, hasta patatas medio duras en un caldo de mantequilla...

En medio de calles atestadas de tráfico y ruido, llama la atención encontrarse a grupos de chinos sentados a la oriental en las aceras.

Las distancias en Beijing son tan enormes y hay que andar tanto que cuando están cansados descansan en cualquier parte, sin que les importe los ruidos y los humos que invaden una de las ciudades más contaminadas del planeta.



Claro que también te puedes comunicar mediante dibujos, como hizo el chino de Nanjing, quien me explicó que tenía mujer y tres hijos y que se dedicaba a hacer trajes a medida. Fue una experiencia tan bonita que cuando le perdí de vista sentí un poco de tristeza. Aún sin comunicarnos con palabras, establecimos entre nosotros una relación llena de encanto. Me gustó su manera de acercarse a un extraño con quien no compartía ni la lengua. Me ha quedado de él un recuerdo muy vivo y gratificante.

Lo primero que hice el segundo día de mi estancia en Beijing fue cambiar de hotel. Estaba deseosa de visitar la Ciudad Prohibida, pero esta bien podía esperar hasta que solucionase mis problemas de alojamiento.

Me fijé en un hotel que recomendaba la guía, ubicado en un *hutong*, los tradicionales callejones de la ciudad que conservan las huellas de un modo de vida que día a día va desapareciendo suplantado por la cultura del centro comercial y por el lavado de cara que conlleva alojar las Olimpiadas de 2008.

Tranquilo, íntimo y acogedor, justo lo que necesitaba para refugiarme de la vorágine consumista y del ruido. Sus jardines pertenecieron a un eunuco de la emperatriz Cixi, una de las estrellas indiscutibles de la dinastía Qing, aquella que con sus artes maquiavélicas lograra trepar de concubina a emperatriz.

Conseguir en Beijing un hotel con buena relación calidad-precio es una ardua tarea. El nivel de vida es muy bajo en lo que se refiere a transporte y comida, pero no sucede lo mismo con los hoteles. Con diez yuanes —un euro aproximadamente— puedes hacer una carrera media de taxi, subirte al tren tres veces o comer en un restaurante chino regentado por el gobierno. Sin embargo, no intentes buscar un hotel de calidad media por menos de treinta euros. Imposible.

Tuve que esperar al día siguiente para conseguir una habitación individual, así que decidí quedarme ese día por los alrededores, en un hotel chino caro e insípido, pero al menos con las sábanas limpias, sin los muy comunes lamparones que a los chinos no parecen importarles.

Aproveché para vagar por los *hutongs*, pues no suelen estar programados en los tours turísticos. Uno de los mayores placeres del viajero independiente es explorar rincones, sentir el pulso vital de sus gentes, descubrir y dejarse emparar por una realidad diferente a la suya.

Los *hutongs* constituyen los restos del naufragio de la vieja China, devorada por la nueva. Fantasmas de una época no demasiado lejana pero que, debido a la velocidad a la que avanza la apisonadora del desarrollo, forman ya parte del pasado. En ellos habita el alma de una China

milenaria, pobre y mugrienta. Huele a orina, a comida barata cocinada en medio de la calle, a rata. Veo a los chinos en cuclillas, en admirable equilibrio, siempre en grupos, frente a tiendas destartaladas en las que cachivaches inútiles conviven con manzanas, melocotones, bebidas, tabaco, espejos... A un lado una mujer cocina cargada con un bebé con el culo desnudo —costumbre china para que los niños no se hagan pipí encima—. Otra improvisa un restaurante de una mesa y cuatro sillas en medio del callejón. Otros juegan a las cartas y el ajedrez chino, sentados en unas banquetas minúsculas y alrededor de un cajón o una tabla tirada en el suelo.

Fascina pasear por este laberinto de callejones, flanqueado por viviendas destartaladas, a salvo del ruido infernal que llena de contaminación los pulmones de la ciudad. Solo algunos bici-carros y moto-carros entran por estas callejuelas para mostrar a los turistas un puñado de casas históricas con patio que se mantienen en pie.

La historia de los *hutongs* se remonta a principios del siglo XIII, tras la devastación que sufrió la ciudad a manos de los mongoles. El líder, Gengis Kan, desencadenó su ira contra Beijing en 1215 y la redujo a escombros. Fruto de la reconstrucción nacieron los callejones que discurren de este a oeste para que la puerta principal dé al sur y cumpla así uno de los principios fundamentales del *fengshui*. Esta posición garantiza tanto luz como la protección necesaria ante las fuerzas negativas del

Encontré un «abuelo chino» no muy lejos del grupo de chinos sentados a la oriental y le pedí permiso para hacerle una foto. Su imagen, además de enternecedora, me pareció un símbolo de la vieja China, arrinconada por otra nueva que llega arrasando. Parece el guardián de un mundo que agoniza. El viejo pasa las horas custodiando su «Old Beijing Year Art Exhibition», una exposición de láminas desvencijadas y mugrientas, pastiches de la época imperial, que muestra en un cuartucho mal iluminado y mugriento. Me hubiese gustado hablar con él y que me contase su vida. Me tuve que conformar con captar la expresión de su rostro y una mirada, ausente e introspectiva, pero viva. Me despido de él dándole unos yuanes, a falta de atreverme a comprarle una lámina. Siento un poco de tristeza de dejarle ahí, abandonado a su suerte, sorbiendo despacio su taza de té. Para muchos de sus habitantes Beijing presenta una cara dura y despiadada.





Estampa de un hutong, los callejones tradicionales conformados por espacios parecidos a los de la foto, que surcan el corazón de Beijing. Casa, tienda, almacén y lo que haga falta, aquí habita una familia de cuatro miembros. Mugre, caos, olor a orines y el ruido atronador de los coches invadiéndolo todo. Cualquier rincón es bueno para improvisar un pequeño taller. Este hombre ha encontrado su lugar frente a los aseos públicos. Arregla pinchazos de bicicletas y chapuzas varias.

norte, al mismo tiempo que fomenta el yin —aspecto femenino y oscuro— y contra-resta el yang —aspecto masculino y luminoso—. Bajo la dinastía Qing había más de dos mil hutongs, y en la década de 1950 llegaban a casi los seis mil. Hoy, apenas sobrepasan los mil.

El cambio de hotel fue un acierto y contribuyó a que mis días en Beijing fueran una experiencia confortable. Al tercer día ya me había adaptado al ritmo de la urbe y comenzaba a disfrutar de su encanto, que sabría muy bien cifrar en qué radica. Quien la aprecie solo mentalmente la encontrará fea, gris, ruidosa y contaminada, un infierno moderno donde conviven más de quince millones de personas. En agosto el calor es insoportable y pasas el día entero bañado en sudor. La luz es opaca, sin asomo del cielo azul al que tan acostumbrados estamos en España.

Y todo eso se lo deben a Mao y al precio que estaba dispuesto a cobrarse por afianzar el poder perdido en su propio partido. Pese a ello, muchos chinos siguen fotografiándose junto a su retrato en la plaza de Tiananmen. El culto al artífice de la nueva China no ha muerto todavía.

Me pregunto qué sucedería si el tirano levantase la cabeza y contemplara en qué se ha convertido su nueva China. Probablemente moriría otra vez de un ataque súbito al corazón al observar que su cruzada contra el capitalismo no ha servido de nada. Lejos de ello, hoy se ha convertido en la religión de los chinos. El capitalismo occidental es *light* al lado del capitalismo salvaje *made in China*.

Si hay algo que llama la atención de los viajeros es ese híbrido extraño entre comunismo y capitalismo. El pensamiento y las conciencias están maniatadas y manipuladas. No hay libertad de expresión ni de acción, pero sí un encauzamiento feroz hacia el consumo. «El afán de competitividad y de riquezas de nuestros días, tan denostado por el Tao, se está exportando sin escrúpulos a Oriente y está calando a marchas forzadas en su sociedad», reflexiona Antonio Colinas en su libro *La simiente enterrada*. Hoy en día los chinos representan el consumismo puro. Han sido programados para ello. Y, ante este panorama, ¿hacia dónde se encamina China? Nadie lo sabe.

Bajo el prisma estético, la Ciudad Prohibida me parecía un canto a la belleza, al transcurrir de una vida armónica y refinada. La primera impresión que tuve fue la de un microcosmos perfecto, habitado por semidioses. Lejos de espacios claustrofóbicos y cerrados, la Ciudad forma un rectángulo abierto, poblado de palacios, salas y dependencias, un conjunto exquisito y elegante que contrasta con el caos de la ciudad real.

El viajero veneciano Marco Polo la visitó en el siglo XIV y quedó fascinado, entre otras, cosas por la estructuración del espacio: «Toda la ciudad está trazada en cuadros, igual que un tablero de ajedrez, y dispuesta de forma tan perfecta y por mano tan maestra que es imposible describirla con verdadera justicia».

Podría llamarse también la ciudad de las puertas: hermosas puertas rojas de más de treinta metros de altura salpicadas de tachones dorados y relucientes comunican unos espacios con otros. La Puerta de la Paz Celestial, la Puerta de la Armonía Preservada, la Puerta de la Armonía Suprema... El solo hecho de pronunciar el nombre relaja la mente.

Los colores, la forma, el culto a la belleza que impregna cada rincón de salas y palacios, pura simplicidad y buen gusto, hablan de un mundo sensual y placentero hecho para el goce de los sentidos.



Si hay algo que simboliza la Ciudad Prohibida son las grandes puertas rojas, cerradas al mundo durante cinco siglos. Entre los muros púrpura vivieron 24 emperadores, los Ming y los Qing, que no tuvieron mas remedio que abandonar el poder en 1911, con el advenimiento de la República de China.

Tras esa primera impresión, asoma otra cara menos seductora, la de un mundo encerrado en sí mismo donde la ambición, los celos, las envidias y la traición hicieron de la existencia de sus moradores una pesadilla. No debió ser nada fácil vivir en ese nido de víboras, donde nadie se podía fiar de nadie.

Lejos de su apariencia de «un mundo feliz», la Ciudad Prohibida era una prisión, sobre todo para las concubinas, sin ningún derecho a decidir sobre su destino. Ni tan siquiera Pu Yi, el último emperador, fue feliz entre sus rojizos muros. En sus memorias describe sus 18 años de vida en la ciudad —los primeros siete en calidad de emperador— como una experiencia triste, privada de afecto y libertad.



Muchos chinos practican una especie de rito iniciático para adentrarse en la Ciudad Prohibida. Tocan los clavos redondos y brillantes que tachonan las enormes puertas rojas de entrada. Y lo hacen para llamar a la suerte, ya que asocian el reino de los emperadores con la fortuna y la buena estrella. Si Mao levantase la cabeza, volvería a morir del susto.

Con sus luces y sus sombras, la Ciudad, que durante siglos se cubrió con un velo de misterio, ha resistido el paso del tiempo y de la convulsa historia de China. Es una suerte que la fiebre destructora de Mao no amputase la que hoy en día es patrimonio de la humanidad.

Me encanta la foto que conservo de mi estancia en la Ciudad Prohibida. Como iba sola, pedí a un chino que me la tomase frente a una de las enormes puertas rojas. Es una imagen muy sobria: la puerta, telón de fondo, simula estar cerrada, y la viajera agarra con la mano derecha y el brazo extendido una tachuela. Inconscientemente repetía el gesto de los chinos y su llamada a la suerte. Espero que me responda.

La plaza de Tiananmen es el corazón de Beijing y un referente en la memoria colectiva de los chinos. Mao concibió la plaza para proyectar la grandeza del Partido Comunista. Durante la